



Florentina Alonso Sánchez, 68 años.
Raquel Guindo Martín, 23 años.

El sacrificado camino de la vida

Cuando me inscribí al concurso, nunca llegué a pensar que fuese a conocer la cautivadora historia de una mujer tan magistral como es Florentina. En nuestra protagonista convergen calificativos tales como trabajadora, sensata, sabia y humilde. A pesar de los obstáculos que ha tenido que esquivar esta abulense, afincada en tierras madrileñas, derrocha energía e irradia felicidad con sólo esbozar una sonrisa.

Florentina Alonso nació el 20 de junio de 1937 en Lanzahita, un pueblecito de Ávila que al igual que el resto de España era víctima de una cruenta guerra civil. Hija de una humilde familia, Florentina era la menor de 11 hermanos de los que sólo sobrevivieron 5. Por aquellos años la dura vida en el campo y las penurias pasadas durante el conflicto bélico eran el pan nuestro de cada día de aquellas generaciones que llegaron al mundo entre bombardeos y lágrimas. La historia de Florentina no iba a ser menos. Su infancia estuvo marcada por la trágica muerte de su madre. Tenía sólo 12 años cuando aquella niña de tez blanca y dulces ojos negros, tuvo que sustituir los libros por las cacerolas y hacerse cargo de una casa vacía del calor materno. Todavía siente la frialdad de aquel último beso con el que se despidió de su madre antes de ser enterrada. Ahora recuerda aquel momento con enorme nostalgia y aflicción, pues se había ido la persona que la había traído al mundo. El fallecimiento de su madre supuso un profundo vacío en su alma. Un abismo del que salió gracias a su tenacidad y al cálido apoyo de su familia. Desde ese instante, su vida dio un giro de 180 grados y tuvo que madurar antes de tiempo.

La dura jornada en el campo

Quizás el día a día de un niño de su edad se limitaba a las lecciones didácticas impartidas en la escuela y a corretear por los maizales. Desgraciadamente, la jornada de la pequeña Florentina era distinta a la del resto. Ella se tenía que levantar muy temprano para preparar el almuerzo y dejar la casa limpia antes de acompañar a su padre y a sus hermanos al campo con el fin de ayudarles con el ganado y las tareas agrícolas. Incluso se tenía que subir a un taburete y con la ayuda de una vara hacía, como podía, la cama de su padre. Una vez terminadas las tareas domésticas, metía el puchero de barro en el serón de las caballerías e iniciaban el rumbo hacia la finca.

Ya en el campo cada uno se iba por su lado. Unos se iban con los cerdos, otros con las cabras o las ovejas y ella se quedaba allí, haciendo la comida para, posteriormente, ayudar allá dónde se la necesitará. Daba igual que hubiese que coger garbanzos o dar de comer a los animales, pues esas diminutas y afanosas manos siempre estaban dispuestas a echar un cable. Participaba en la trilla, un trabajo que era bastante laborioso y, según ella, monótono. Sin embargo, disfrutaba rodando entre las pajas que quedaban amontonadas en la era. Se le iluminan los ojos cuando echa la vista atrás y cuenta cómo se trillaba en su casa. "Lo primero que se hacía era extender la mies, ya fuese de trigo, centeno o cebada, para después hacer lo mismo con la parva. Se preparaban las caballerías a las que se les unía los yugos y el trillo, con las que se empezaban a dar vueltas a fin de moler la parva. Cuando se levantaba el aire, se aprovechaba para limpiar el grano y, luego se acribaba para dejarlo muy limpio." Muchas mañanas se levantaba temprano para escoger unos palitos negros que tenían



las espigas, principalmente en las de centeno, por los que en aquella época pagaban bien pues, según decían, eran medicinales.

Recuerda como en una ocasión, con tan sólo 15 años, llegó a barrer toda la era para que su padre la dejara ir a la fiesta de un pueblo cercano al suyo. Su progenitor la prometió que si terminaba la parva antes del mediodía, se lo permitiría, pero él sabía que su adolescente hija no lo iba a poder hacer con los borricos. Ella, conocedora de sus posibilidades, sabía que la única manera de poder llevarlo a cabo era con la ayuda de una yegua. Por ello, fue a pedir a su vecina que le prestara la suya. Y así es como la joven Florentina pudo realizar su tarea. Cuenta que su padre se quedó asombrado cuando vio el resultado, pues no se podía explicar cómo lo había hecho, pero ella sabía que si se lo contaba, la iba a castigar. De modo, que prefirió no hacerlo y así es como fue a la fiesta, eso sí, acompañada de su padre.

La jornada de trabajo se solía alargar hasta el atardecer para aprovechar la luz solar e incluso las noches de verano se quedaban durmiendo allí.

El pan nuestro de cada día

Los años de la posguerra fueron terribles para los hogares españoles. El terror, el odio y la desesperación dejaron anclado a todo un país en la más profunda miseria. Fueron momentos muy difíciles donde la hambruna empezaba a dejar huella en la población y donde la única forma de mitigarla era a través de la producción propia. De ahí, que nuestra protagonista afirme que en su casa nunca llegó a faltar un plato de comida en la mesa pues comían aquello que sembraban. “Trabajábamos con mucha tenacidad para llevarnos un trozo de pan a la boca” añade. Su familia tenía ganado y algunas tierras, y elaboraban productos artesanos tales como el queso y el pan. “Por ejemplo, para hacer el queso utilizábamos los estómagos de los cabritos y corderos que antes de matarlos, habían sido amamantados con el fin de que estos estuvieran llenos, y, luego, los colgábamos para que se secaran. Después se cortaba un trozo, se metía en una bolsita con un poco de agua y se añadía a la leche para que se cuajara. Se preparaba el cincho, que era una especie de molde de esparto, y se ponía al lado de la lumbre. Una vez cocido, se empezaba a hacer el queso. Se le echaba un poco de sal gorda y se tapaba con un paño blanco y una piedra plana a fin de hacer peso y que escurriera el suero. Finalmente, pasadas 24 horas, se podía comer en fresco y se metía en aceite para la siega siguiente” comenta Florentina.

Los campesinos no sólo debían luchar contra la injusticia del régimen dictatorial, sino también contra otro elemento: el tiempo. La temporada de precipitaciones era determinante para lograr una buena cosecha, aunque el exceso de agua también podía arruinarla, especialmente en el caso de la siega. “Se esperaba que el tiempo fuera benévolo y que lloviese en las fechas en las que la siembra lo necesitaba. Hacíamos la labor de la tierra durante el verano y el otoño. Se realizaba la sementera, se esparcía el grano a mano, se volvía a arar la tierra para enterrar el grano, y hasta últimos de mayo o principios de junio no se segaba. Llegado ese momento, los segadores, provistos de unos dediles de cuero en los dedos para evitar cortes con las hoces, comenzaban a segar. Se trillaba, se limpiaba el grano y luego se llevaba a los graneros para después llevarlo al molino.”

El adiós a su tierra

Durante mediados de la década de los '50 y principios de los '60 España sufrió una fuerte emigración no sólo hacia el extranjero, sino también hacia las grandes urbes nacionales. Florentina fue una de esos miles de españoles que dejaron sus hogares en



el campo para ir a la capital en busca de trabajo. Corría el año 1956 y por aquel entonces su padre ya se había casado con otra mujer. Esta nueva inquilina no deseaba tener en casa a sus hijastros, así que decidió echarlos de su propio hogar donde se habían criado. De modo que Florentina y sus hermanos tuvieron que encontrar un empleo para poder sobrevivir. Ellos emigraron a Bilbao y ella se vino al norte de Madrid con tan sólo 19 años. Todavía recuerda aquel 13 de julio cuando llegó a Alcalá de Henares con una pequeña maleta llena de gratos recuerdos de su niñez y una nota en la mano en la que estaba escrita una dirección: su nuevo destino. Afortunadamente, la ciudad universitaria de Cisneros la acogió con los brazos bien abiertos.

Su tesón, valentía, insistencia y ganas de vivir fueron recompensados. Quien le iba a decir a esta abulense que iba a ser en la cuna de Cervantes donde iba a encontrar al gran amor de su vida. Desde entonces no lo ha dejado escapar y con él comparte sueños, ilusiones y dos hijas, que les han dado sus dos mayores alegrías: sus nietos.

Lo importante de la vida

La vida de Florentina Alonso ha sido un camino minado de obstáculos. En sus más de 60 años, ha sufrido la muerte de su madre cuando todavía era una niña y a los 19 tuvo que abandonar su propio hogar a petición de su madrastra. Por tanto, esta mujer ha tenido que madurar antes de tiempo para lograr salir adelante. Sí, ha derramado sudor y lágrimas, sacrificando sus días de infancia, pero ha sabido secarlos con el manto de la perseverancia y la paciencia. Ha surcado los mares de la vida atravesando cada tempestad sin hundirse como si se tratase de una ligera goleta, y ha llegado a buen puerto con la misma vitalidad con la que zarpó.

Quizás hubiese cambiado algún momento de su vida, pero aun así siente que ha sido muy feliz. Florentina es el vivo reflejo de una mujer que lo ha dado todo por los suyos y que ha luchado por lo que tanto creía. Los difíciles años de la posguerra la han enseñado a saber valorar las pequeñas cosas que uno posee como si fuera el mayor regalo de la vida.

Del campo ha aprendido no sólo a arar y sembrar la tierra, sino también a cuidarla con todo el cariño para conseguir recolectar una buena cosecha. Algo que ha aplicado al terreno sentimental. Tras tantos años de matrimonio, ha descubierto que los únicos secretos de una relación en pareja son la fidelidad, el respeto y la comprensión. "Basta con una caricia, un roce, es decir, fomentar la vida en común para lograr una intensa conexión entre los dos" confiesa. Claves que han alimentado el gran amor que siente por su marido del que sigue tan enamorada como el primer día.

68 años en los que también ha conocido lo que significa la amistad, amar y ser amada y, por supuesto el ser madre. Para ella, fue uno de los momentos más gratificantes de su vida, pero también advierte que el criar a unos hijos ha sido una tarea muy dura porque cada día es diferente. Sin embargo, ella sabe que ha hecho un buen trabajo con ellas. Sólo hay que mirarla y observar la dulce sonrisa que se le dibuja en la cara cuando habla de sus niñas. Tal vez haya sido muy estricta, pero eso las ha ayudado a ser las buenas mujeres que hoy son.



Florentina ha conseguido todo lo que deseaba a base de mucho esfuerzo y dedicación. Atrás quedaron los complicados años en los que trabajaba en el campo para sobrevivir, y ahora disfruta de la vida en compañía de su gran amor y de su familia, sin olvidar aquellos gratos recuerdos de su niñez y a esos padres que, al igual que ella, sacrificaron todo por sus seres queridos y la convirtieron en la gran persona que es hoy. Una mujer que posee una dulzura que embruja a todo el que la conoce. Florentina no cambies nunca.